



Gemma Pasqual i Escrivà

BARÇA  
005  
BARZAKH!  
UNA TRAVESÍA DE VIDA O MUERTE

ALGAR  
JOVEN

*Ci ap degglu ngay yanga*  
Solo aprende quien escucha

Charles Darwin ya lo sugirió hace más de ciento cincuenta años y ningún paleontólogo ha discutido el hecho de que nacimos en África, de que África es la cuna de la humanidad, el punto de partida. El mío, concretamente, es la ciudad de Dakar, el mismo desde donde los ingleses y los holandeses estuvieron mandando a doce millones de esclavos a América hasta hace apenas un siglo.

Es la orgullosa capital de Senegal, el país de la *teranga*, que en wólof, mi lengua, significa ‘hospitalidad’. La ciudad que inspira a Youssou N’Dour y cuya estación de trenes cautivó a Kapuściński. La que dio su nombre al *rally* más famoso del mundo. Es la ciudad de los contrastes. En el centro de Dakar no encontraréis ninguna parrilla de salida ni ninguna bandera de cuadros blancos y negros que anuncie la meta. No hay todoterrenos con la carrocería llena de pegatinas, ni motos de carreras, ni enormes camiones a todo gas. Los edificios recuerdan al Imperio francés: hay rascacielos, casas bajas de aire colonial, avenidas con árboles en las

que se encuentran los cafés y las tiendas que parecen inspiradas en la antigua metrópolis.

La periferia nos transporta a la pobreza del África olvidada. Dakar es una olla a presión. Contaminación, humo y ruido; hay un atasco de coches permanente: dos horas es una estimación optimista del tiempo necesario para cruzar la ciudad. Los taxis de color negro y amarillo y los coches, más viejos que sus conductores —aquí la esperanza de vida es de cincuenta y cinco años—, componen una melodía insoportable con sus bocinas, y los amos son los Ndjaga Ndiaye, unas camionetas desvencijadas de la marca Mercedes de color blanco —más viejas, si cabe, que los taxis—, que nos sirven de transporte colectivo a todos los habitantes de los barrios periféricos. El Car Rapid es, sin duda, el transporte más pintoresco y emblemático de la ciudad; en las camionetas pintadas de azul y amarillo, el revisor va colgado de la parte trasera, junto con muchos jóvenes; circulan muy despacio y siempre están abarrotadas. *Alhamdulillah!* Demos las gracias a Alá para que ninguno de los jóvenes que van colgados fuera se suelte y suceda una desgracia.

Por todas partes hay vendedores ambulantes, niños mendigos y mujeres con un bebé en el regazo, o atado a la espalda de su hermana, que piden una moneda para sobrevivir. Hombres y mujeres de una belleza asombrosa lucen bubús multicolores. Miles de jóvenes

nos movemos por esas calles caóticas sin propósito aparente, vestidos con camisetas de colores apagados y escudos desteñidos de equipos de todos los rincones de Europa: del Schalke, del Ajax, del Barcelona, del Benfica. Ver partidos de las grandes ligas europeas en la tele es una forma de entretenimiento mucho más popular que el cine. Como casi nadie tiene un televisor en casa, en los guetos de las ciudades se han construido pequeñas salas oscuras, como las de cine, dentro de cabañas de madera, con una antena parabólica y un televisor. Anuncian los próximos partidos de las ligas europeas o de la Champions con carteles hechos a mano y cobran la entrada.

Las estadísticas oficiales dicen que en Dakar vivimos dos millones de personas. Pero solo en la franja de la costa que va de la capital a la ciudad de Rufisque, al este, residimos cinco millones. Una sucesión de arrabales que las autoridades consideran peligrosos para los *tubab*, que es como llamamos nosotros a los blancos.

Yo nací en una de esas aglomeraciones miserables, donde las calles no tienen nombre ni las casas número, en Hann-Pêcheurs, el barrio donde un enjambre de muchachos descalzos juega entre cabras en un laberinto de callejuelas de arena que en época de lluvias se transforman en ríos de barro que inundan las casas.

Mi juego favorito es el *seïva*: uno de los jugadores es un camello y se pone a cuatro patas; otro es el

guía, el camellero, y tiene que tocarlo todo el rato. Cuando el camellero dice «*seiva!*», los demás jugadores deben contestar con la misma palabra y echar a correr hacia el camello para intentar tocarlo. Por si aún no os lo había dicho, me llamo Amadou y tengo dieciséis años; por eso, ya hace mucho tiempo que no juego al *seiva*, aunque era muy bueno.

En mi barrio, la sarna salta caprichosamente del lomo de los animales a la cabeza de la gente. No es raro toparse con niños y adultos víctimas de la poliomielitis arrastrando piernas inútiles. A ambos lados de las callejuelas se abren puertas angostas que dan paso a pequeños patios, alrededor de los cuales se distribuyen cuartos con el tejado de uralita. En cada una de esas casas podemos llegar a vivir más de medio centenar de miembros de una familia.

En la mía somos cuarenta personas, que vivimos en los ocho cuartos de la casa, celdas situadas alrededor del estrecho patio en el que se encuentra el único grifo del que sale el mayor tesoro de mi tierra, el agua. Cada cuarto es el hogar de una familia del clan; la cama de matrimonio ocupa prácticamente todo el espacio, mientras que los niños duermen en el suelo. Al fondo del patio hay una habitación pequeña y oscura con un hornillo, la cocina, que es el lugar favorito de las moscas, y desde donde se esparce por toda la casa una peste a fritanga de pescado que recorre el barrio y se

intensifica en cada cocina por la que pasa. Solo desaparece cuando mi abuela prepara *bissap*, mi refresco favorito; se prepara con los pétalos de las flores grandes y llamativas, y en forma de trompeta de color rojo, del hibisco, y entonces toda la casa desprende un olor a almizcle que subyuga todos los sentidos.

Soy huérfano, tengo dos hermanos y cuatro hermanas. Mis padres están muertos; no se murieron solos, tuve el honor de acompañar a mi madre en sus últimos instantes de vida. No me acuerdo, pero mi abuela dice que lo último que hizo mi madre fue sonreír al ver que yo era un niño.

Mi hermana Fatou estaba con nuestro padre cuando él murió. Ella no lo ha olvidado, el espejo se lo recuerda a diario al ver la enorme cicatriz que le surca la cara. Ella y nuestro padre eran unos ilusionados espectadores del Rally Dakar, una exigente travesía que mantiene atrapados a pilotos, patrocinadores, medios de comunicación y público, explorando caminos y llevando el cuerpo al límite, desde hace más de treinta años, cuando en 1977 el piloto Thierry Sabine, que disputaba el Rally Abiyán-Niza, se perdió con su moto por el desierto, hasta que lo rescataron de milagro. Emocionado, pensó que otra gente debía vivir aquella experiencia y se inventó un recorrido que empezaba en Europa. La ruta alcanzaría Argel, después pasaría por Agadez y terminaría en Dakar. El fundador le puso

un lema a su creación: «Un desafío para aquellos que parten. Un sueño para los que se quedan».

El sueño se desvaneció y trajo la fatalidad a mi familia y al propio Sabine, ya que nueve años después de la primera travesía el desierto del Teneré le arrebató la vida. El helicóptero en el que viajaba se estrelló contra una duna. A pesar de la desgracia, no puso fin a la competición, y, al cabo de unos años, mi padre murió y mi hermana fue gravemente herida por la embestida de un Range Rover que daba vueltas de campana contra los espectadores. Más de medio centenar de muertos es el trágico balance desde el comienzo del *rally* más duro que existe en la actualidad.

Vivimos con mi abuela Mareime, que es la abeja reina de una de las colmenas del barrio. No sé qué edad tiene exactamente, pero salta a la vista que ha superado con creces la esperanza de vida de mi país. Viuda dos veces, tiene veinte nietos; bueno, según qué familiar los cuente. Mareime ocupa el mejor cuarto de la casa —que comparte con mi hermana Fatou—, una habitación de seis metros cuadrados con una ventana que da a la callejuela —justo encima del abrevadero de las cabras—, una cama supletoria y un armario. En la cabecera de su gran cama hay una estantería con varios frascos llenos de aceites, algunas fotografías y un radiocasete, que nos hace bailar a todos los nietos al ritmo de *mbalakh*. El rey de esa música es Youssou N'Dour, y los príncipes, Alioune Mbaye Nder, Omar Pene, Alioune Kassé o el seductor, el que más le gusta a Fatou, Thione Ballago Seck.

Nos encanta bailar. En cuanto nacemos, ya empezamos a bailar enrollados en un fular a la espalda de nuestras madres; ellas cantan mientras trajinan, meanean el cuerpo de un lado a otro y los niños se mueven suavemente siguiendo su ritmo. En todos los rituales de iniciación a la vida adulta, los chicos y las chicas

cantamos y bailamos juntos. De adultos, el baile también está muy presente en la vida cotidiana. Suenan los tambores *seourouba* y empezamos a bailar. Son tres: Kutirinding, el más pequeño, es el bebé recién nacido; Kutiriba es el joven; Djilandiáng, el más grande, es el abuelo. En mandigna significa ‘el mensajero’, y es el solista del conjunto de los *seourouba*.

La música es muy importante, no es un simple entretenimiento. Todos los momentos clave de la vida se acompañan de canciones. Todas las decisiones importantes, todos los rituales, todos los actos trascendentes tienen su canción.

Mi hermana Fatou tiene una voz muy bonita, dicen que la ha heredado de nuestra madre. Fatou siempre está junto a la abuela, no se separa de ella ni a sol ni a sombra. Es soltera y cojea ligeramente. Para ella, es un estigma; quisiera ser una mujer *djongama*, una belleza. Mi abuela, que es muy sabia, siempre le dice:

–*Ci ap degglu ngay yanga*. ‘Solo aprende quien escucha’. Alá nos modeló y dijo: «Os daré unas piernas largas para que podáis caminar como los flamencos cuando pescan en la orilla de los ríos; os daré unos brazos largos para que podáis trabajar con una azada igual que un mono usa un palo; os daré una boca para comer y una lengua para cantar; y os daré ojos para que podáis ver lo que coméis y orejas para que podáis escuchar las canciones». Alá ha sido muy generoso contigo, Fatou,

y te ha dado todo eso; una cicatriz más o menos o una leve cojera no debe arruinarte la vida. ¡Alabado sea Alá!

*Ku la mag ëpp lay sagar.* ‘Las personas mayores son las más sabias’. En mi país, cuando una persona mayor dice algo importante, es como si se produjera un hechizo ante los ojos de quienes la escuchan. Si no la escuchas con todos tus sentidos, irremediamente te pierdes algo importante.

Soñaba con ser marinero, con tener mi propia barca, hacerme a la mar todos los días y ganar mucho dinero pescando, pero no pudo ser. Al terminar la escuela, empecé el primer año de formación profesional para ser soldador. Pensé que cuando acabara los estudios, con mi flamante título debajo del brazo, encontraría un buen trabajo que me permitiera ayudar a mi familia. No fue así. Aún no había terminado el curso cuando mi abuela me dijo que no iba a poder seguir pagándome los estudios. No me quedó más remedio que buscar trabajo con el soplete. Hice varias chapuzas mal pagadas, hasta que comprendí que por ese camino jamás lograría salir adelante. Entonces recuperé mi vieja idea de ser marinero. Un primo pescador de mi abuela accedió a embarcarme como ayudante en su barca. A bordo íbamos veinticuatro personas. Pescábamos durante la noche de luna nueva, que es cuando aparecen los peces. Para atraerlos, usábamos una luz. Echábamos la red y cada

uno tiraba de una cuerda hasta que conseguíamos subir las capturas a bordo.

La abuela decía que a los pescadores nos ayudaba el espíritu *dju-dju*. Le encantaba contarnos historias; se sentaba en medio del patio y todos los nietos la rodeábamos pendientes de sus palabras.

—*Ci ap degglu ngay yanga*. ‘Solo aprende quien escucha’. Érase una vez un pescador que vivía junto a la orilla de un río. Le apasionaba su trabajo. Un día le pareció que había picado un pez muy gordo, pero, al tirar de la caña, descubrió horrorizado que no era un pez, sino el espíritu *dju-dju*, que, con un hacha en la mano, se burlaba de él. El pescador le reprochó que no le echara una mano y que, en cambio, se mofara de él. Al espíritu *dju-dju* no le gustó nada la actitud del pescador y lo desafió: comprobarían cuál de los dos tenía más fuerza lanzando el hacha hacia arriba. Primero la lanzó el espíritu *dju-dju*, muy arriba. El hacha rebotó en el agua y se cayó al fondo del río. Cuando el espíritu consiguió sacarla, el pescador, muy ufano, insistió en que, si la lanzaba él, el hacha llegaría tan lejos que nunca podrían recuperarla. Así que decidieron no perder una herramienta tan valiosa. El nuevo reto sería comprobar cuál de los dos podía pescar más peces. El espíritu no sabía usar la caña y el pescador le aconsejó que permaneciera quieto. Como estaba inquieto, lo ató a un árbol, desde donde no pudo

pescar ni un solo pez. El espíritu *dju-dju* no dejaba de implorar a gritos que le liberara, hasta que al final se dio por vencido. Le prometió al pescador que le daría peces en abundancia. Gracias a la ayuda secreta del espíritu *dju-dju*, con el paso del tiempo, el pescador se convirtió en un hombre rico y poderoso.

A veces, también venían otros niños del barrio a escuchar sus historias. Mi mejor amigo era Mabale. Vivíamos casi puerta con puerta; habíamos crecido juntos. Su gran pasión era el fútbol. De pequeños, desafiando las órdenes de las madres, los niños del barrio íbamos a la playa a jugar al fútbol; éramos felices descalzos, dando patadas al fardo de trapos viejos y cintas elásticas que usábamos de balón entre montones de ladrillos hechos añicos, restos de amianto y cristales rotos.

Desde muy pequeño, Mabale se dio cuenta de que en Dakar no tenía futuro. Y eso que su vida era mejor que la mía: él era feliz estudiando en la escuela y rodeado de su numerosa familia, tenía once hermanos. Sin embargo, Mabale sabía que, si quería progresar en la vida, debía abandonar a sus seres más queridos. Si se quedaba, con suerte, el futuro le depararía un par de ovejas y cabras. Mabale soñaba con llegar a algún club de fútbol europeo. Era su alternativa para huir de la pobreza. A mi abuela esa obsesión de Mabale por el fútbol no le hacía ni pizca de gracia. Siempre decía:

«Si a un niño siempre le das lo que quiere..., ¡al final no sabrá qué quiere realmente!».

En Senegal, casi un millón de jóvenes cuenta con una licencia de fútbol. Miles y miles de jóvenes se presentan para entrar en los centros de formación reconocidos. Todos ellos guiados por sus modelos, que ahora son grandes estrellas del balón: Samuel Eto'o, Salif y Seydou Keita, Salomon Kalou, Bakary Koné, Touré Yaya... Todos ellos crecieron en África y hoy en día tienen una carrera internacional. Muchísimos chicos quieren probar suerte en Europa. Jóvenes prodigios del fútbol que lo sacrifican todo para llegar a sus clubes míticos y alcanzar sus maravillosos sueldos. Eso sí, aunque muchos emprendan la aventura, no todos siguen el camino adecuado. Entre las escuelas fantasma, los falsos agentes y las transferencias de menores, las estafas son el pan de cada día. La historia es recurrente: un cazatalentos les promete una brillante carrera en Europa y acaba abandonándolos a su suerte, sin regularizar su situación migratoria, dado que viajan como turistas, sin dinero para regresar, sin club y, sobre todo, sin una formación académica que les permita abrirse camino en un país extranjero con una lengua, una cultura y unas normas de conducta distintas.

—Pero yo no me dejaré engañar por esos estafadores, yo tengo un plan —me decía siempre mi amigo

de manera misteriosa—. *Barça ou barzakh!*—Y acababa siempre con el mismo grito con el puño en alto.

—*Barça ou barzakh!*—le contestaba yo automáticamente, también con el puño en alto.

Mabale, mi prima Umm y yo formábamos un trío inseparable; los tres teníamos la misma edad. Umm era muy divertida y parecía muy madura —o al menos más que nosotros—, jugaba al fútbol, era muy inteligente y sabía un montón de historias. Era clavada a la abuela.